

De victorias o derrotas

El metro, de Donato Ndongo-Bidyogo

Beatriz Celaya

Abstract: *El metro* (2007), the most recent novel by the Equatoguinean author Donato Ndongo, ends with the failure of the immigrant experience for its African protagonist. I argue that the blurring of gender difference and a relationship with the world based on male competition leads to this ending of the novel in a fundamental manner. This text reflects an identity conflict in an African male individual, Lambert Obama Ondo, who relates to white men in terms of victory or defeat. Both black and white women have a subsidiary role. In this scenario, there is no possibility of conquest for Lambert, since he comes from a poor country and cannot count on a corrupt government to confront neocolonial exploitation. Finally, as an illegal Black African immigrant in Spain who has to endure racism and social vulnerability, he will not have a chance for a sound victory over white men. He will end being a victim, but at least a heroic one.

Keywords: Black African, immigration, literature, Donato Ndongo, Spain

El *metro* (2007), última novela de Donato Ndongo-Bidyogo, termina con el fracaso de la experiencia emigrante del africano Lambert Obama Ondo. El presente análisis sostiene que la difuminación de la diferencia de género y una relación con el mundo basada en la competencia masculina conducen a este desenlace en la novela. El texto estudiado es una de las primeras novelas que se acerca a la experiencia de un inmigrante negro africano en la España actual desde una perspectiva también africana.¹ Ndongo es el intelectual ecuatoguineano más destacado en la escena internacional, por sus análisis de la trayectoria histórica de su país, sus novelas² su labor por recopilar y dar a conocer la literatura guineana, su trabajo en universidades españolas y americanas, sus conferencias y artículos periodísticos.

El metro, sin embargo, no tiene un protagonista ecuatoguineano, sino camerunés. Tal vez el motivo sea aquello que constituye el armazón de la novela, en palabras del autor: la propia reflexión en torno a una serie de hechos que se produjeron en África a principios de los noventa y que explicarían su situación actual (“Una nueva realidad”). Una consecuencia de tal contexto sería la emigración masiva de los africanos y, en menor medida, las africanas, a Europa y otras partes del mundo. Lambert, camerunés y protagonista de *El metro*, reflejaría globalmente una experiencia migratoria en España desde el África subsahariana, puesto que muchos africanos inmigrantes llegan a España sin conocer la lengua y las costumbres propias. Como se sabe, Guinea Ecuatorial es el único país del África subsahariana que posee una tradición cultural hispánica, además de la africana, y conserva el español como una de las lenguas oficiales. Por otro lado, Lambert, como su creador, Ndongo, forma parte de la etnia bantú y de uno de sus subgrupos, el fang,³ con una lengua y tradición propias.

En *El metro*, aparecen un buen número de mujeres en la larga peripecia de Lambert, desde su comunidad en una comarca camerunesa, Mbalmayo, hasta su muerte en el metro de Madrid por un ataque racista. Sin embargo, la identidad africana que esforzadamente y con dolor construye el protagonista enfrentado a los efectos del colonialismo y el neocolonialismo, del racismo blanco y occidental, se plantea en términos de competencia masculina, en la que sólo cabe la victoria. De este modo, únicamente es posible un africano como héroe superior o como víctima heroica. Lambert será finalmente una víctima heroica.⁴

En el final de la novela, el protagonista llega a la conclusión de que África necesita un revulsivo, abandonar ciertos hábitos sociales o adaptarlos al presente: “Mientras subsistieran determinadas tradiciones y nadie reaccionara para adaptarlas a las necesidades del presente o simplemente desecharlas, África seguiría postrada” (*Metro* 432). Sin embargo, cuando exhorta a la participación activa de los africanos, no habla de sujetos, sino de héroes o víctimas: “El africano tenía que dejar de ser víctima para convertirse en héroe de su propia vida. Sustituir la pasividad por la acción” (433).

Esta última afirmación tiene varias interpretaciones, probablemente no excluyentes entre sí. Las dificultades a las que se enfrentan muchos negros africanos dentro y fuera de su país, particularmente si no disponen de medios económicos, son enormes, lo que requiere también de esfuerzos excepcionales. Tampoco debe olvidarse que África sigue siendo una víctima de la codicia y atropellos de los dirigentes occidentales y los propios nacionales, como palmariamente refleja Ndongo. Sin embargo, también concuerda con las descripciones del protagonista a lo largo del libro, donde aparece repetidamente como un hombre de cualidades superiores y ya desde sus peripecias en Camerún. Esas cualidades no tienen su reflejo en personajes femeninos, que son de hecho claramente inferiores. Son además literal y figuradamente dejadas atrás por el protagonista en su lucha contra la miseria y corrupción del país, que es

simultánea al enfrentamiento con el racismo y abuso de sus derechos individuales por parte de los europeos.

En el relato triste que Ndongo recientemente hizo de su llegada a España para estudiar en los años sesenta, menciona a Frantz Fanon y al escritor nigeriano Chinua Achebe, como figuras que le ayudaron a enfrentarse a esa España carpetovetónica con la que se encontró (“Una nueva realidad”). Dichas figuras aparecerán en el análisis de *El metro*. El recuento de Ndongo de su llegada a España con catorce años procedente de Guinea Ecuatorial, podría ser incluido como lectura obligatoria en el sistema educativo español porque nos enseña lo que los españoles fuimos y todavía somos cuando nos enfrentamos al Otro más pobre y diferente. Sin embargo, el propósito de este estudio es analizar el origen y consecuencias del paradigma como negro africano que representa Lambert, protagonista de *El metro*. Para ello, puede resultar revelador el cuestionamiento que realiza Clare Counihan de las narrativas de la diferencia que existen en la presente teoría postcolonial en relación a la identidad racial:

Despite this aspiration to accommodate all versions of (racial, sexual, and gender) difference as irreducible to each other, in practice postcolonial theory loses differences along the way: either racial difference *or* sexual difference *or* gender difference—usually racial difference—functions as the primary and paradigmatic difference while other forms of difference become additive or tropologically related. In other words, with the workings of racial difference as the model, sexual and gender differences become *like* racial difference added onto but not constitutively different from race. (162)

Counihan recuerda que aunque la literatura africana ha evitado compromisos prolongados con el psicoanálisis, éste permea las teorizaciones sobre el sujeto colonial y postcolonial. En *Piel negra, máscaras blancas*, Frantz Fanon traslada el psicoanálisis desde el discurso de la diferencia sexual al discurso de la diferencia racial para explicar la condición del colonizado. Homi Bhaba posteriormente usa el discurso de Fanon para crear su propia narrativa psicoanalítica centrada alrededor del deseo (161). Concluye Counihan que tanto Fanon como Bhaba no reconocen la diferencia que crean con su traslación de un discurso de la diferencia sexual a uno de la diferencia racial y convierten así a la mujer en un espectro que funciona como figura mediadora (162).

Para Counihan, la clave del discurso de Fanon radica en su visión del psicoanálisis como el mejor y único camino para explicar el “complejo psicoexistencial masivo” creado por la yuxtaposición de la raza blanca y la negra, cuyo análisis llevará también a su destrucción (Fanon 45; Counihan 163–64). Al mantener alejada la figura de la mujer, Fanon y Bhaba ocultan la amenaza que ella representa para la disposición del deseo colonial y postcolonial que la teoría postcolonial pretende explicar (163–64). En los casos descritos de mujeres de *Piel negra*, Fanon en última instancia busca su objeto real de interés y deseo: la diferencia entre hombres (165). Recuerda Counihan que para Fanon, una vez entendido el mecanismo del espejo descrito por Lacan,

no hay duda de que el verdadero Otro para el hombre blanco es el hombre negro (167). De este modo, concluye esta crítica, tiene sentido la proliferación de escenas de castración en la obra de Fanon, ya que “in the absence of a signifying sexual difference, in a violent and graphic visión of racial difference face to face with itself and its Other, the mode of psychoanalytic explanation is castration” (166).

En el texto que nos ocupa, *El metro*, Lambert Obama Ondo, miembro del clan de los yendjok, de la comarca de Mbalmayo en Camerún, se nos presenta como digno heredero de un linaje patrilineal excepcional y, por tanto, superior, en cuya cúspide se encuentra el “admirado y dignísimo jefe Ebang Motuú”, su abuelo (22). Lambert recogerá la “antorcha que había intentado mantener encendida, su abuelo, el glorioso jefe Ebang Motuú”, conservando las tradiciones de su pueblo (69). La lucha que deberá mantener con su padre, Guy Ondo Ebang, al que percibe precisamente tras la muerte de la madre con un “carácter pusilánime e indolente” (68), le engrandece aún más por contraste. Su padre, Guy, es, según Lambert, el responsable de las desgracias familiares y representa la derrota ante el hombre blanco por su asimilación sumisa de las reglas y costumbres del hombre europeo: “todos los males de la familia tenían su origen en que su padre había abjurado de las costumbres de su pueblo avaladas por los siglos para abrazar a pies juntillas el credo de los extranjeros” (69).

Sin embargo, el posible o probable conflicto edípico que sufre Lambert, no se resuelve o se resuelve en falso, literal y figuradamente. Tras la muerte de Dorothee, madre de Lambert y esposa de Guy, el joven ocupa durante un tiempo el lugar del padre como jefe de la familia: el hermano que le sigue le acompañará a desbrozar el bosque para cultivar los alimentos; a su hermana Rosalie destina los quehaceres de la casa; y mandará a los pequeños a la escuela de Monsieur Bithegue. Sin embargo, no mucho tiempo después su padre le arrebatará la posibilidad de casarse y vivir en familia con Anne Mengue, su primer amor. Guy se adelantará a su casamiento, tomando el mismo matrimonio con la madre de Anne, impidiendo que Lambert se case con la que así sería hermana política, según establecen los hombres sabios de su comunidad. Guy le niega así la posibilidad de cumplir la última transición como hombre que funda su propia familia y ocupa en cierto modo su lugar. Aún más, cuando Lambert, tras la muerte de su madre, describe el dominio de los blancos sobre los pueblos africanos resuena la visión de Fanon:

... la prepotencia de los europeos había humillado a los africanos, la propia subordinación de sus progenitores a los misioneros y su constante sumisión incluso en los detalles más insignificantes no podía atribuirse sólo a la humildad, como le habían hecho creer, sino a una actitud más profunda reveladora de complejos enraizados en sus almas. Porque Obama Ondo no recordaba que su padre mirase nunca de frente a un blanco; cuando le hablaban, inclinaba la cabeza, la barbilla sobre el pecho, su vista fija en el suelo, sin atreverse a parpadear, las manos crispadas cruzadas a la espalda. ... (82)

Este complejo enraizado que se define en términos de prepotencia y, su resultado, la humillación, parece que remite en última instancia a africanos y no africanas, su padre y no su madre, aunque los incluya a ambos como “progenitores”. Su madre Dorothée será uno de los dos espíritus protectores que acuden para reconfortar a Lambert en los momentos críticos de su larga aventura. Las apelaciones a “la siempre anhelada Dorothée Oyana” y a su abuelo “el amado jefe Ebang Motúu”, con invocaciones repetidas y formulaicas a estas figuras fallecidas en busca de ánimo y protección a lo largo de la novela, aparentemente indican una presencia femenina influyente y poderosa. Sin embargo, las descripciones en vida de Dorothée indican una subjetividad femenina ausente. Primero, cuando se presenta como futura esposa de Guy: “Única hembra entre los nueve vástagos salidos del vientre de su madre, bella como la luna nueva, dulce y fresca como un arroyo en la penumbra, rellena como un mango en sazón, alegre, sumisa y servicial” (30–31). Y después, cuando se describe su intervención en las decisiones familiares: “acostumbrada a ser una esposa sumisa y obediente, aceptó sin rechistar los razonamientos de Guy Ondo Ebang”; “calló una vez más para no transgredir el principal deber de una buena esposa, la obediencia ciega a su marido” (46). En el caso de Dorothée, la posibilidad de que Ndongó se esté limitando a reflejar una concepción tradicional de la mujer no debe hacernos suspender el análisis de las implicaciones.

En la primera descripción, Dorothée, es objetivizada o animalizada al reducirla a su función sexual: es una hembra. El diminutivo de “rellena” puede ser indicativo de afecto, pero también marcar la condescendencia que tanto rechazará Lambert en los blancos por su relación con los negros africanos. Las sucesivas mujeres que pasan por la vida del protagonista serán descritas en los mismos términos. Justo antes de morir Lambert, la descripción del espíritu de Dorothée como dulce madre protectora no llegaría a contradecir la negación de la mujer en tanto africana, precisamente por su carácter fantasmal.

Anne Mengue, su primer y casi único amor, según reconoce Lambert más tarde, será caracterizada como “pizpireta, graciosilla y tetona” (119). De nuevo los diminutivos y la referencia objetivizante a su función sexual. Es también “una joven sensata y callada”, cuya timidez agradaba especialmente a Lambert, pues le hacía parecer “dócil, discreta y juiciosa” (118). En su convivencia de cuatro años como pareja, aunque fuera del matrimonio, la participación de Anne parece más bien reducida a contribuir en el engrandecimiento de Lambert. Éste es descrito como “atento y servicial, generoso y trabajador, fuerte y abnegado” (119), y Anne se sentía “colmada” con él (125). Ella lo consuela y aconseja, pero indirectamente, más para reforzar las acciones y autoestima de Lambert que otra cosa, como cuando su hermana Rosalie huye con su prometido sin su permiso (139). Es necesaria por su función reproductiva, ya que “lo natural” para Lambert es que “un hombre dejara constancia de su paso por el mundo”, y se imagina “a sí mismo rodeado de esposas y de hijos que perpetuarían su estirpe sobre la tierra” (149). Significativamente, esta

objetivización sexual es practicada también por Fanon con la mujer blanca, ella es sus atributos sexuales y, claro está, una conquista que parece colocar al hombre negro a la par del blanco: “En esos pechos blancos, que mis manos ubicuas acarician, hago más la civilización y la dignidad blanca” (79).

Según señalan Rachel Adams y David Savran, Fanon es “at once a product and a critic of a colonial order that relies on the exclusion of women” (229). Consideran también que la atención que Fanon presta a la masculinidad frustrada del hombre negro “is a corrective to the rhetoric of imperial conquest that depicts him as passive and feminized”, sin que nieguen las destructivas consecuencias de este discurso para la mujer (229). Persiste, sin embargo, la ausencia de una crítica que no sea la de la cultura del colonizador. Es una gran carencia, ya que la responsabilidad moral ante la mujer desaparece mientras se rechaza el trato recibido por el hombre negro. Tristemente, aunque de forma muy hermosa, Fanon describe la orientación ética como un movimiento de amor, el regalo de sí mismo (24).⁵

Ya en Yaundé, una vez abandonado su pueblo, Nena Paula es para Lambert “la mujer ideal”. Es pareja de su primo, Philibert Nkony. De nuevo se nos muestra que lo ideal es una mujer en silencio. Nena es ecuatoguineana, con cierta educación, aunque tuvo que interrumpir sus estudios de bachillerato en un colegio de religiosas en cuanto su padre cayó en desgracia y huyó del país. Esa educación parece sólo servirle para tener unos modales refinados: “. . . pues Nena Paula era una bella y agradable muchacha dueña de un carácter dulce y modales refinados que atestiguaban una educación esmerada, la mujer ideal: simpática y alegre a pesar de su azarosa vida, hacendosa, servicial, callada, que lo aguantaba todo de su hombre” (192). Tampoco será percibida de forma sustancialmente diferente, la rica y sofisticada Danielle Eboué, esposa de un alto funcionario del corrupto gobierno de Camerún y amante de Lambert durante su estancia en Yaundé. La riqueza y posición política de su marido, su conocimiento del mundo exterior parecen darle una posición de ventaja con respecto a nuestro protagonista: “Danielle Eboué era una verdadera dama, exhalaba seguridad en cada poro de su piel” (210). Sigue siendo una “hembra”, sólo que es una conquista sexual con un valor añadido:

Había visto mujeres, pero ninguna comparable a Danielle Eboué. Era una de esas hembras de ensueño que sólo se ven en el cine o en las revistas de moda, y con las que uno quisiera amanecer cada día porque es imposible que huelan de otra manera, ni siquiera cuando se despiertan, aunque tan gráciles y delicadas que sólo es concebible gozarlas desde la distancia, pues a la hora de la verdad nunca sabría qué hacer con ellas. (211)

Danielle por sus contactos con blancos occidentales, tanto en el país como en el extranjero, es una vía privilegiada, para definir el papel de la mujer en la oposición hombre negro/hombre blanco. Cuando renuncia a tener amantes blancos satisfaría el deseo de victoria del hombre negro sobre el blanco: “Nunca

supo explicarlo con palabras, sólo se sentía extraña, rara, como si estuviese haciendo algo no del todo natural” (221). Lo natural sería que la mujer blanca sólo tenga relaciones sexuales con hombres negros. Por otro lado, y tras haber logrado su deseo de tener una relación amorosa con Danielle, Lambert empieza a sentirse “como humillado, un simple objeto” y Danielle pasa a ser “aquella mujer manipuladora e insaciable” (237) porque no está enamorada de él (235). Un detalle aparentemente secundario puede ser, sin embargo, revelador: Danielle se había aclarado la piel (210). Este acto que evidentemente refuerza la creencia en la inferioridad de la raza negra, es también una traición al hombre negro, aunque en el discurso aparezca como traición a la propia cultura y comunidad. Una penetración del hombre blanco en la mujer africana es la que aparece abiertamente en la siguiente relación amorosa de Lambert, con Sylvie como su nueva pareja y protagonista de la misma traición.

Lambert establece una relación formal con Sylvie en Yaundé. Con ella tendrá un hijo y con ella se casará, aunque en la distancia, cuando ya trabaje y viva en España después de un viaje espantoso. Sylvie, durante un tiempo, aprovecha la ausencia de Lambert y el dinero que él manda para blanquearse: “Sylvie se había aclarado la piel y trenzado el pelo siguiendo modas extrañas, dejando de ser una joven sencilla de saludable aspecto ingenuo para parecerse a una buscablancos de ciudad. No aprobaba aquella elegancia arrabalera y chabacana. No le gustaban sus nuevos aires extravagantes” (410–11). Este pasaje parece simbolizar la ansiedad ante la posible pérdida de control sobre la mujer y la familia por la distancia y también de nuevo aparecería la mujer como el campo de batalla en la lucha racial, las diferencias entre hombres que expone Lambert. Al respecto es importante destacar las posibles similitudes con el discurso de Fanon. Como recuerda Counihan, Fanon en el capítulo titulado “La mujer de color y el hombre blanco” condena el deseo de la mujer de color por el hombre blanco como “una clase de lactificación” (47). Este deseo perverso de la mujer, fruto de un interés egoísta y equivocado, amenaza con contaminar el espacio racial, en este caso, de las Antillas. Según Fanon, el deseo de la mujer de blanquear la raza no es para salvarla, sino para asegurarse que “la raza y aquella parte del mundo donde crecimos . . . sea blanca” (Counihan 164).

Hay, sin embargo, diferencias importantes en el discurso de Fanon y el que desarrolla Dnongo en su novela *El metro*. Uno de sus rasgos específicos acerca este texto a la novela *Things Fall Apart* (1958), de Chinua Achebe,⁶ a quien Dnongo atribuye una influencia fundamental en su juventud, como se recordó al principio de este estudio. En *Things Fall Apart*, según señala Simon Gikandi, la voz narrativa no es la voz de ningún personaje específico, sino una voz incorpórea y omnisciente. Gikandi rechaza que el narrador represente la voz de la comunidad y que sus características tengan la tradición oral africana como origen, una explicación frecuente en la crítica dedicada a esta novela de Achebe. Este crítico considera que el narrador no tiene caracterización de

ningún tipo y tampoco puede ser una voz colectiva, puesto que en esta novela aparecen una diversidad de voces e intereses en conflicto (44–45). Prefiere hablar de distintos cambios de focalización e insiste en la ambivalencia del narrador (45–46). No parece, sin embargo, que los argumentos contradigan la posible influencia de una tradición literaria oral.⁷

En el caso que nos ocupa, *El metro*, la narración es por entero en tercera persona, adoptando el estilo indirecto libre intermitentemente. Asimismo, persiste un problema relacionado con la credibilidad de las voces narrativas: ese mismo Lambert que solo se guía por “el sentido común y la lógica pedestre de un ser inculto y sensible” (405) *se lanza* unos discursos que apenas pueden ocultar la inteligencia, capacidad de observación y versatilidad lingüística de Ndongo. En diversas ocasiones, es incluso difícil o imposible decidir cuál es el punto de vista implícito. Por otro lado, como señala Gikandi en la primera novela de Achebe, existe en *El metro* una multiplicidad de relatos que aportan una ambivalencia definitoria.

No debe olvidarse, no obstante, que el único discurso que recibe continuidad en *El metro* y, de hecho, experimenta una evolución, es el de Lambert. Y aún más importante sería que esa voz narrativa que habita múltiples planos, expone un discurso femenino paralelo que finalmente se frena, se elide y, por tanto, queda como una impostura. Cuando el país atraviesa una acusada crisis económica y se produce un desempleo masivo que afecta también a Lambert, Sylvie pasa a sostenerlo económicamente, así como el resto de las mujeres y sus familias, a través de la economía sumergida. Sylvie llega a formar parte de un grupo de *djangué*, mujeres que se agrupan y hacen aportaciones económicas que sirvan de ayuda a todas ellas. Según dice Lambert, esos esfuerzos de Sylvie lo conmueven. Aún más, con respecto a la mujer africana el narrador llega a decir que se produce entonces una de las revoluciones silenciosas más determinantes de la reciente historia del continente: “otrotra altivos y dominantes, a los hombres se les bajaron los humos”; “ya no osaban preguntar de dónde salía el dinero que les permitía comer” (257). La impostura de este discurso es que la asociación de mujeres y la revolución femenina no vuelven a aparecer, Sylvie seguirá dependiendo económicamente de Lambert y obediéndolo.

Un caso semejante sería el de Anne Mengue. Abandonada por Lambert a pesar de estar embarazada, terminará huyendo a la ciudad y trabajando de prostituta. La narración no la condena quizás al fracaso absoluto, ya que al final parece que ha conseguido huir de su chulo y posiblemente se halle en Europa. En el caso de Danielle, el encendido discurso feminista que realiza a favor de la educación europea de sus hijas como su camino hacia la liberación (216–17), es frenado en seco por la descripción última que recibe: viuda, recluida en su mansión, angustiada ante el temor de que su difunto marido le haya transmitido el sida. Podemos apreciar el interés del autor por la situación de las mujeres africanas y, seguramente, la apasionada defensa de Danielle de un cambio a través de la educación no dejará de resonar en el lector:

Y no podía luchar sola contra la tradición: es lo normal en esta vida miserable que las mujeres africanas se ven obligadas a soportar, pues su voz, si es que la tienen, no es escuchada en un mundo hecho a la medida de los hombres. (216)

... Y contra ello sólo cabía la educación. Madame Eboué consideraba que ése es un proceso tan lento que ella ya no vería realizado el sueño de su liberación. Tal vez sus hijas, que, además, estaban recibiendo una educación europea que las prepararía mejor que a ella. Tenía la convicción, o al menos la esperanza, de que ninguna de sus hijas aguantaría ser la esposa de un polígamo, ni toleraría la infidelidad; era imposible que se dejaran enredar en esa mixtificación consuetudinaria.⁸ (216-17)

Tendríamos una posición claramente ambivalente con respecto a la mujer en *El metro*. Y lo más difícil de determinar, quizá no es totalmente posible, es si esa ambivalencia finalmente se resuelve negativamente para ella. En el caso de Sylvie, así termina, pero también en el caso de Danielle, en vista de la última imagen que tenemos de ella, con un exceso de términos que apuntan a la pérdida de buena parte de sus privilegios, pero también a una representación humillante. Danielle no tendrá valentía ante la adversidad como Lambert y la posible redención a través de las hijas desaparece:

... y se comentaba que Madame Eboué se estaba consumiendo de angustia y vivía recluida y retraída en su mansión, agitada, atribulada y trastornada por la aflicción, no tanto por la desaparición del marido como pudiera hacer creer, sino por la ansiedad de la incertidumbre: no era improbable que el difunto le hubiera llevado también en herencia el mal que le llevó al sepulcro. Por lo cual multiplicaba sus viajes al exterior, a la búsqueda incesante de una respuesta segura. ... (412)

A propósito de la evolución de Lambert, la percepción subsidiaria, minimizante, de la mujer, acompaña a la construcción superiorizante del hombre, Lambert, a lo largo de toda la novela. En su pueblo se “le alababa y admiraba” por sus cualidades, que le hacen destacar por encima de los otros hombres de su pueblo y continuar un linaje patrilineal superior:

Era apreciado por su fortaleza y su valor y querido por su honestidad y por su generosidad, pues se había ido convirtiendo en un joven emprendedor y hacendoso, fuerte pero esbelto, que no rehuía ni los trabajos más pesados, y dominaba los oficios propios de un hombre de bien. (104)

... Obama Ondo se había convertido en un joven musculoso, fuerte, más alto que su padre y con la simpatía y el carácter apacible heredados de su madre: juicioso, firme, veraz, de mirada afable y conducta recta, su presencia hacía evocar a más de uno reminiscencias del majestuoso y siempre llorado jefe Ebang Motúu, su abuelo, cuyo porte y cualidades hacía recordar y a todas luces procuraba emular, del mismo modo que una gota de agua de lluvia se parece a otra gota de lluvia y una estación sucede a la anterior, sin variación ninguna. (105)

La superioridad de Lambert puede también ser afirmada a través de otros miembros del mismo linaje patrilineal. Y así, cuando se traslada a Douala en busca de trabajo, su primo Ntogo cumplirá tal función, aunque no será la única, ya que será un estímulo adicional para que Lambert se interese por la política. Ntogo se convierte en “un sindicalista activo y respetado” (278); su “figura imponente” y “su extraordinaria dimensión como conductor de masas” se explican, según Lambert, como “trasunto de la figura inmarcesible de su abuelo común, el recordado jefe Ebang Motúu” (278–79).

Si en su pueblo la competencia y comparación es con otros hombres, cuando Lambert se enfrenta a la acción y contacto de los europeos, será un conflicto racial también entre hombres, la figura de la mujer es elidida u objeto de competencia. Cuando conoce a una chica española, Lucía, con la que establece una relación de amistad, Lambert parece apuntar a un cierto sentimiento de victoria por haber arrebatado una muchacha blanca al hombre blanco. La referencia a las miradas que recibe Lucía de los hombres, blancos, y su rubicundez, en contraste con el color de piel de Lambert, no parece casual: “Lucía era una hermosa muchacha rubicunda que llamaba la atención. No sorprendía que los hombres la mirasen, a lo cual debía estar acostumbrada, porque no parecía reparar en ello. Obama Ondo pensaba que su belleza deslumbraría mucho más en aquel momento por el contraste con su negro acompañante. Tal ocurrencia le pareció graciosa” (452). La incipiente relación se interrumpe por la muerte violenta de Lambert a manos de unos españoles racistas. Esa muerte produce cuando Lambert disfruta de cierta estabilidad, aun en una vida precaria como vendedor ambulante, y comienza a reconocer las posibles ventajas de adoptar algunos cambios en la cultura tradicional de su país africano. Podría pensarse que este final trágico, por una lado, sería posible en la España actual -el asesinato racista más famoso en España sería quizá el de Lucrecia Pérez Matos, inmigrante dominicana, en 1992. Esta violencia extrema sí es infrecuente en España, sin embargo. De este modo, la finalidad podría ser entre otras provocar la empatía del lector ante tanto sufrimiento cotidiano del africano. El patetismo de su muerte tiene también otro efecto, simboliza que si la relación entre África y Europa se plantea en términos de competencia y comparación masculinas, África será derrotada y sólo le quedará el consuelo de ser una víctima heroica. Recordemos que el último alegato esperanzado de Lambert por un África más justa y más feliz, habla sólo de una opción: víctimas o héroes. Quizá parte de esa solución alternativa sería abandonar una identidad basada en la(s) superioridad(es) masculina(s).

Es momento de recordar que la teoría psicoanalítica, de la que partió Fanón así como buena parte de la teoría poscolonial actual tiene sus limitaciones. Según señala Sarah Mills, el uso de la teoría psicoanalítica hace casi imposible la discusión política, puesto que se ocupa de los procesos psíquicos y no de las fuerzas y motivaciones políticas. Para Mills, la teoría psicoanalítica tiende a ser ahistórica y no ofrece un sentido real de los distintos procesos coloniales en términos materiales (6). Muy probablemente, Ndongó estaría de acuerdo con

Mills, al menos consideraría que la teoría psicoanalítica y el modelo teórico de Fanon serían insuficientes para explicar la situación presente en el África negra. El mismo Fanon en su texto más psicológico, como recuerda Anne McClintock, insiste en que la alienación racial es un doble proceso, en primer lugar, económico, que implica después la epidermización de un complejo de inferioridad (McClintock 362; Fanon 44). Correspondería a otro análisis o uno más extenso que el aquí presentado, analizar las explicaciones históricas que aparecen en *El metro* en torno a la situación que motiva el presente del África subsahariana. Aunque fuera cierta la caracterización de Mills de una teoría poscolonial obsesionada con lo textual y discursivo (10), la novela *El metro* trata por extenso un conflicto identitario, masculino y africano, que sigue claramente el modelo psicológico de Fanon.

Ndongo presenta a su protagonista con un conflicto originario que permanece en el relato porque el contacto entre la cultura africana y la europea se hizo a través de la humillación, una herida que no se ha curado. Ndongo, como Fanon, trata de explicar el complejo existencial del hombre negro a través de su protagonista:

... la prepotencia de los europeos había humillado a los africanos. La propia subordinación de sus progenitores a los misioneros y su constante sumisión incluso en los detalles más insignificantes no podía atribuirse sólo a la humildad, como le habían hecho creer, sino a una actitud más profunda reveladora de complejos enraizados en sus almas. Porque Obama Ondo no recordaba que su padre mirase nunca de frente a un blanco. ... (82)

... En términos generales, los blancos les habían tratado, cuando menos, con un paternalismo lleno de desprecio, como si no fuesen personas como ellos, sino eternos niños a los que siempre se tenía que decir cómo y cuándo hacer las cosas, pero nunca por qué. (82)

En una evolución progresiva, Lambert, o el narrador a través de él, irá estableciendo una explicación económica y social de la situación de su país y de los países de su entorno. En un principio, su verdadero deseo es vivir su vida al modo de sus antepasados:

Quería que su vida se pareciera lo más posible a la de sus antepasados, que concebía tranquila, sin demasiados sobresaltos, y, en lo más recóndito de su ser, se negaba a comprender a esos hermanos que abandonaban tierra y tradiciones para buscar sólo el beneficio material. Por eso proyectó abrir una finca de comida y dedicarse a la agricultura de subsistencia; y aunque al principio se encontró con el obstáculo de que no tenía a nadie que se ocupara de cultivarla, tal cuestión quedó zanjada cuando se le presentó Jeanne Bikie dispuesta a realizar esa función. (90)

Lambert se destaca entonces por sus aspiraciones, diferentes de las de tanto joven que “abandonaba las zonas rurales y emigraba a las grandes ciudades”

(89). Entre esta cita y la anterior hay una diferencia importante en lo que atañe a las causas por las que los jóvenes dejan su comunidad rural. Para Lambert, sólo buscan su “beneficio material”. Sin embargo, en la descripción previa, las causas están en una agudísima crisis económica, que se reflejaba “en los países tercermundistas recién emancipados del yugo colonial, puesto que el imperialismo seguía trabajando para continuar sojuzgando a los países pobres” (88). Mientras tanto la minoría dominante en su país se hace más y más rica, mientras el pueblo suspira por el adcentamiento de su escuela o sus carreteras, la construcción de dispensarios médicos u obras de saneamiento (89).

No se trata, por tanto, de seguir con el modo de vida de los antepasados, pero parecería que no hacerlo es una traición. Y quizá por ello el motivo de que Lambert abandone su aldea sea tan poco habitual: esa misma Jeanne Bikie es madre de su amada y a la vez amante de su padre, Guy. Algún acontecimiento debe justificar la huida de Lambert. Todas esas mejoras por las que suspira la comunidad no formaban parte de la vida de sus antepasados, fueron traídas por el hombre blanco. Como dice el narrador, los jóvenes buscan en la ciudad “un horizonte mejor para construir sus vidas y realizar el sueño de la felicidad” (89). Y cómo señala Lambert, buscan su mejora económica. Lo que define en origen a Lambert es un sentimiento de humillación y traición a sus antepasados, la herida del padre sigue viva en él también.

Lambert irá entonces dando pasos desde la fidelidad imposible a un pasado que ya no existe y la adaptación propia a la modernidad. Y de ese modo, la voz del narrador que aporta un contexto sociopolítico se une a la de Lambert. Anne Mengue sirve de figura mediadora, según el narrador, ya que comienza a ofrecerle una perspectiva más “eclectica, imparcial y objetiva” sobre “algunas de las ventajas de la apertura de África al mundo”, considera que algunos de sus adelantos técnicos hacen la vida más agradable y los consejos sobre la higiene eran útiles. Así se lo hace saber a Lambert, que parece escuchar a pesar de su actitud cerril y displicente porque ella es una mujer (120–21).

Ya en Yaundé, y tras constatar que en la ciudad todo se compra y se vende (198), coincide con su hermano Laurent que lo mejor que puede hacer éste es buscarse la vida en la ciudad: ¿qué otros horizontes podía vislumbrar todo un pueblo condenado exclusivamente a tratar de sobrevivir? (200). Ya no considera un mito la vida idílica que, se suponía, llevaban los campesinos (199). Sin embargo, sigue rechazando la modernidad, el pasado está muerto, pero la modernidad no permite el desarrollo de la personalidad. ¿Qué es lo fundamental para ese desarrollo individual? Una familia unida, que conozca sus raíces, y la permanencia de su estirpe:

¿Conservar la ficción de unas tradiciones muertas, incapaces de perdurar, de resistir siquiera el empuje de otras civilizaciones más pujantes? ¿Abrazar una modernidad asfixiante y alienante, que no deja resquicio alguno para la construcción y el desarrollo de la personalidad? Obama Ondo lamentaba, sobre todo, que su familia,

y todas las familias, se disgregase de tal manera que ya nadie reconocería sus raíces en el futuro. Y sin raíces, lo natural era que el tronco, las ramas y las hojas se secasen y el árbol no diera frutos. Así veía el futuro de su estirpe. (200)

Podemos ver cómo el desarrollo personal y colectivo aparece unido indisolublemente en Lambert a la definición masculina, la estirpe del hombre. La modernidad para Lambert no sólo arrasa con las diversas tradiciones, también parece debilitar su autoridad masculina. En este movimiento de vaivén con respecto a las relaciones con el mundo occidental, Lambert parece cumplir con los dos impulsos vitales que, según Fanon, definen al hombre:

El hombre es movimiento hacia el mundo y hacia su semejante. Movimiento de agresividad, que engendra la servidumbre o la conquista; movimiento de amor, don de sí, término final de lo que se ha convenido en llamar la orientación ética. Toda conciencia parece poder manifestar, simultánea o alternativamente, esos dos componentes. El ser amado me respaldará en la asunción de mi virilidad, mientras que la inquietud por merecer la admiración o el amor de otro tejerá a lo largo de mi visión del mundo una superestructura valorizante. (65)

Ese movimiento de agresividad no promete una identidad satisfactoria para Lambert si las únicas opciones son la servidumbre y la conquista, una concepción que además requiere de la participación pasiva de la mujer como prueba y apoyo necesario de la superioridad masculina. Dado que Lambert representa a un inmigrante africano en situación ilegal en un país europeo, proveniente de un país que sufre el neocolonialismo occidental y la tiranía de sus dirigentes propios, no hay siquiera posibilidad de conquista. El impulso amoroso, de apropiación y entrega, así como su relación ética, predominan en su estancia en España, pero finalmente es la derrota y la muerte lo que cierra la visión. Las observaciones de Lambert sobre los logros y limitaciones de los españoles, muy en particular en lo que se refiere a su relación con el Otro, más pobre y diferente, reflejan una perspectiva ética que se abre al nuevo país, pero también implican amor hacia sí mismo. La muerte de Lambert a manos de tres "skinheads" españoles resalta el dolor y las injusticias que sufren muchos inmigrantes africanos:

Una simpatía viciada, tiznada de una pizca de superioridad, como si siempre les tuvieran que proteger, como si trataran con niños o parientes pobres. Para ellos, los negros nunca crecían, siempre eran "negritos". (401)

... eran ellos los indigentes, y sabían que cualquier atisbo de protesta o de reivindicación conllevaría su despido y su expulsión; no estaban protegidos por ley o derecho alguno, sólo eran carne de cañón a merced de la voluntad, buena o mala, de sus amos. ... ¿Era legítimo plantear en los países que les albergaban aquellas cuestiones que no podían ni siquiera insinuar en sus lugares de origen, de los que huían en tromba para procurarse una vida digna, próspera, segura? (404)

En España, la actitud de Lambert parece alejarse de ese sentimiento de oposición frente al blanco occidental que desplegaba en su aldea en Mbal-mayo, aunque hay cierta caracterización superiorizante con respecto a sus compañeros de fatigas. Su actitud es “mucho más abierta”, “no coincidía con la postura de muchos de sus compañeros, que se empeñaban en ver el racismo agazapado detrás de cada palabra”. Considera que la actitud de sus compañeros era “fruto de complejos arraigados” (363). No parece que sean meras palabras, predomina el impulso amoroso y no el de conquista: “Tendía a subrayar los comportamientos positivos de aquella sociedad nueva” (363).

El movimiento de apropiación y entrega amorosas de Lambert se ve finalmente frenado por la competencia masculina del español, esos tres neonazis que antes de matarlo le advierten: “nunca más follarás con blancas, mono asqueroso, negro cabrón” (456). Han visto como se despedía de su amiga Lucía. Este final sería el reverso de la misma moneda utilizada a lo largo de la novela. Su asesinato racista es un acontecimiento extremo, fuera de lo común, no así el racismo que simboliza. Aunque no será una muerte anónima, como recuerda la última frase de esta novela y que quizá remita a tanta gente desaparecida tratando de llegar al continente europeo. También refleja en mi lectura la incapacidad para salirse de la dinámica de competencias masculinas. Finalmente el peso de la balanza recae en el impulso agresivo que define al hombre, uno de los dos impulsos descritos por Fanon. En esa visión del mundo, la mujer es el objeto en disputa y simboliza la relación del individuo (masculino) con el mundo.

Judith Butler cree que posiblemente en Fanon, y también en Jean Paul Sartre, finalmente hallamos un pronombre abierto precisamente en cuestión de género, en lugar de una lucha a través de la cual prevalezca una comunidad masculina (216).⁹ Fanon le reza el cuerpo al final de *Piel negra, máscaras blancas*: “¡Oh, cuerpo mío, haz siempre de mí un hombre que interroga!” (190). Este anhelo exige para Butler una apertura que es al mismo tiempo corporal y consciente (212). Cree Butler que sólo recobrando el yo y sometiéndolo a escrutinio, uniéndose con los otros en el reconocimiento de la apertura de cada conciencia, pueden llegarse a producir las circunstancias ideales para el surgimiento de un mundo humano, plantear una alternativa al masculinismo hiperresolutivo de la violencia anticolonial (213).¹⁰ A pesar de que la novela de Ndong, *El metro*, finalmente se inserta en el paradigma de vencedores o vencidos, también propone como el Fanon de *Piel negra, máscaras blancas* una conciencia abierta al tú: “Poco a poco, aprendió a distinguir a las personas de la masa, a ver la individualidad velada por la multitud; ya no se conformaba con la epidermis, y procuraba profundizar para llegar al corazón de sus semejantes” (431). Podemos decir, por otro lado, que lo que desea Lambert también es lo que todavía rechaza. Como observaba Rey Chow en Fanon (48), la mujer representa también en *El metro* una posibilidad de reconceptualización de la comunidad que da miedo al colonizador y al colonizado; está basada en la diferencia, la heterogeneidad y el mestizaje.

NOTAS

1. La novela *Calella sen saída* (2001), del escritor camerunés Víctor Omgba, sería anterior. Publicada en gallego, fue traducida al catalán en 2002. Es parcialmente autobiográfica.

2. Sus dos primeras novelas, *Las tinieblas de tu memoria negra* (1987) y *Los poderes de la tempestad* (1997), ya lo situaron como el novelista ecuatoguineano más conocido en la escena literaria global (Lewis 121).

3. Es el grupo étnico más numeroso en Guinea Ecuatorial, también presente en Camerún y Gabón.

4. Como sugirió Moses Panford tras escuchar mi ponencia, presentada en 62nd Annual Kentucky Foreign Language Conference, 2009, y que dio origen a este artículo, es también posible que el trágico final de Lambert sirva para simbolizar las dificultades que enfrentan muchos inmigrantes africanos. Se ofrecería así un contraste con las expectativas anteriores a la llegada a España.

5. Me parece que M'Baré N'Ngom, en su estudio de *Ekomo*, la primera novela escrita por una mujer ecuatoguineana, María Nsue Angüe, presenta esta misma carencia. Según N'Ngom, con el sistema colonial la mujer "perdió muchas de sus prerrogativas, incluyendo su poder político", pero en su descripción detallada no queda nada claro que la mujer disfrutara de tal poder anteriormente (78–80).

6. Se ha dicho con frecuencia que este novelista nigeriano y su primera novela, *Things Fall Apart*, representan el origen de la literatura moderna africana (Gikandi 2).

7. No he encontrado hasta el momento referencia concreta al respecto de Ndongo; de forma general, él sí se reconoce inequívocamente heredero de una tradición oral en tanto escritor africano, sin que renunciara en su momento a situar a Guinea Ecuatorial dentro del marco de la modernidad cultural ("Literatura").

8. Expresiones como *mixtificación consuetudinaria* parecen provenir de un narrador que describe histórica y sociológicamente un fenómeno y no de Danielle, cuyos pensamientos parecen recogerse en este pasaje.

9. El texto corresponde a una ponencia presentada por Butler en 2005 en el Simposio Hannah Arendt/Reiner Schürmann de Filosofía Política en la New School for Social Research de Nueva York. Publicado originalmente en *Graduate Faculty Philosophy Journal* 26 (2006): 3–24. Está incluido como apéndice en la edición en español de *Piel negra* que se ha manejado.

10. Butler comenta *Los condenados de la tierra* (1961), donde sí aparece la llamada de Fanon a la violencia explícita en el marco de la Guerra de Independencia de Argelia, y no sólo *Piel negra*. El protagonista de *El metro* no practica en absoluto la violencia física, pero sí vive dentro del paradigma de competencia masculina que alimenta tal violencia y un sistema social finalmente no igualitario.

OBRAS CITADAS

- Adams, Rachel, and David Savran, eds. *The Masculinities Studies Reader*. Malden: Blackwell, 2002. Impreso.
- Bhaba, Homi. *The Location of Culture*. 1994. New York: Routledge, 2008. Impreso.
- Butler, Judith. "Violencia—no violencia: Sartre en torno a Fanon". Apéndice. Fanon 193–216. Impreso.

- Chow, Rey. "The Politics of Admittance: Female Sexual Agency, Miscegenation, and the Formation of Community in Frantz Fanon". *Frantz Fanon: Critical Perspectives*. Ed. Anthony C. Alessandrini. New York: Routledge, 1999. 34–56. Impreso.
- Counihan, Claire. "Reading the Figure of Woman in African Literature: Psychoanalysis, Difference, and Desire". *Research in African Literatures* 38.2 (2007): 161–80. Impreso.
- Fanon, Frantz. *Piel negra, máscaras blancas*. Trad. Iria Álvarez Moreno, Paloma Monleón Alonso y Ana Useros Martín. Madrid: Akal, 2009. Impreso.
- Gikandi, Simon. *Reading Chinua Achebe: Language and Ideology in Fiction*. Portsmouth: Heinemann, 1991. Impreso.
- McClintock, Anne. *Imperial Leather: Race, Gender, and Sexuality in the Colonial Contest*. New York: Routledge, 1995. Impreso.
- Mills, Sarah. *Gender and Colonial Space*. Manchester: Manchester UP, 2005. Impreso.
- Ndongo-Bidyogo, Donato. "Literatura guineana: una realidad emergente". Hofstra University. 3 Apr. 2006. Conferencia.
- . *El metro*. Barcelona: El Cobre, 2007. Impreso.
- . "Una nueva realidad: los afro-españoles". *Journal of Afro-European Studies* 1.1 (2007): n. pag. Internet. 10 Apr. 2009.
- Lewis, Martin A. *An Introduction to the Literature of Equatorial Guinea*. Columbia: U of Missouri P, 2007. Impreso.
- N'Ngom, M'Baré. "Relato de una vida y escritura femenina: Ekomo, de María Nsue Angüe". *The Journal of Afro-Latin American Studies & Literatures* 3.1 (1995): 77–92. Impreso.

Copyright of Romance Quarterly is the property of Taylor & Francis Ltd. and its content may not be copied or emailed to multiple sites or posted to a listserv without the copyright holder's express written permission. However, users may print, download, or email articles for individual use.